
CAPITULO LV.

UNA TREGUA.

A primeros de Mayo de 1867 adivinaba todo el mundo que la paz de Europa no sería perturbada por uno de esos terribles encuentros, sólo propios para dejar ruinas humeantes y regueros de sangre en el suelo de las naciones. Las conferencias para asegurar la paz debían reunirse el día 7 de Mayo en Londres, que tendría la dicha de ser, como capital del trabajo y de la libertad en Europa, capital de la paz. Como ya he dicho muchas veces, yo consideraba que esta guerra, por un motivo tan fútil como la fortaleza del Luxemburgo, en el momento mismo de la apertura de la Exposición, no podía ser, no debía ser popular en Francia. Aunque viviendo en tierra extraña, los que hemos ejercido durante mucho tiempo el magisterio de la prensa, estamos acostumbrados á medir las corrientes de la opinión con ese barómetro que se llama un periódico. Yo preguntaba á los industriales, á los trabajadores, á esas muchedumbres que se levantan henchidas por el viento de las ideas como las olas del mar, y nadie, absolutamente nadie me decía

que creyera indispensable al honor ó á la seguridad de Francia una guerra. Yo veía que en los días de más zozobra, cuando Girardin trazaba é imprimía su célebre mapa del cuadrilátero francés, comparándolo al cuadrilátero italiano, una carcajada contestaba en Francia á estas paradojas nacidas de la excesiva, y un tanto extraviada, imaginación del publicista. Yo preguntaba, á los que pueden recorrer el cuartel latino, qué idea reinaba en los estudiantes, en esa juventud que siempre refleja como colocada en las cimas de la sociedad, cual las altas montañas, los primeros rayos de la nueva luz, y me decían que en el cuartel latino se firmaba una carta dirigida á los estudiantes de Berlín protestando contra la guerra. Felicitémonos, los que de veras amamos la libertad y la paz, al ver preservado el mundo de una gran catástrofe, libre la humanidad de una plaga terrible.

El rey de Prusia abría en aquellos momentos las Cámaras. Su discurso era firme y estaba lleno de esperanzas. La unidad entre el Norte y el Sur de Alemania, la unidad militar

estaba cimentada y concluida. El rey dirige militarmente una nacion de treinta y siete millones de habitantes. En esta poderosa confederacion los pueblos no han tenido que renunciar ningun derecho de los que ya tenian consagrados por la ley. En cambio, al movimiento unitario se juntará cada dia con más vigor el movimiento constitucional. Despues de haber dicho, con la seguridad que nace de una gran confianza, todos estos progresos de Alemania, añadía que la Confederacion estaba resuelta á cuantos sacrificios fueran compatibles con su honra para conservar la paz de Europa.

En efecto, Inglaterra é Italia representaron en los preludios de esta gran tragedia el papel de mediadoras. Uno de los errores de Francia ha sido comenzar por su cuenta y riesgo la emancipacion de Italia y dejar que concluyera esta emancipacion Prusia, á la cual es deudora Italia de Venecia y del cuadrilátero. Naturalmente, colocada entre dos aliados, la nacion italiana debia trabajar con todas sus fuerzas y con toda esa superioridad política que el mundo entero le reconoce, en evitar la guerra. La nacion inglesa, de cuya decadencia política tanto se ha hablado, como si pudieran decaer fácilmente los pueblos que admiten y practican el principio de libertad, la nacion inglesa ha reivindicado con gloria el arbitraje. Lo más extraño que hay en todo esto es que Rusia presentaba las proposiciones de paz. Todo el mundo creía á Rusia deseosa de la guerra. En un conflicto europeo, cuando la gran nacion de Occidente se desangraba á las orillas del Rhin, la nacion que

sostiene todavía el imperio turco; los moscovitas, siguiendo como una estrella fija el pensamiento de Pedro el Grande, podian acercarse á las riberas del Bósforo y plantar la cruz griega, la cruz de Constantino sobre las torres de Santa Sofía. Acaso en la prevision de este grande suceso habian cedido el Polo americano á los Estados-Unidos para que los Estados-Unidos les prestasen el auxilio de su marina contra la marina de Inglaterra. Nunca se le podia presentar un motivo más justo que la insurreccion de los candiotas; nunca una coyuntura más propicia que la guerra occidental.

Francamente, era extraña la actitud pacífica de Rusia. Acaso midió sus fuerzas y no las encontró proporcionadas á la gravedad de su intento. Acaso conoció mejor que nosotros cuántas cordilleras de obstáculos se levantan entre San Petersburgo y Constantinopla. Los pesimistas no querian creer en la paz. Pretendian que el gobierno francés habia pedido previamente la evacuacion del Luxemburgo. Pretendian que el gobierno prusiano habia sostenido que no evacuaria el Luxemburgo sino á condicion de que el gobierno francés desmantelara otras fortalezas análogas que tiene sobre esa incierta y movetiza frontera del Rhin. Pero una nota del *Monitor*, suspendiendo todo armamento, vino á probar cuán segura era la paz. Y la seguridad de la paz se fundó en que las conferencias se restringieron á las proposiciones rusas, y las proposiciones rusas se limitaron á la neutralizacion del Luxemburgo y á la evacuacion de la fortaleza.

CAPITULO LVI.

UNA APOSTASÍA.

Desde que la historia moderna comienza, el mundo medita sobre este carácter francés, que ha de ser como el protagonista de nuestra sociedad. César, el hombre, no sólo de las victorias increíbles, sino de las profecías maravillosas, pintaba en sus historias los germanos y los galos con gran cuidado, como si presintiese que los unos iban á matar á Roma y los otros á restaurarla. El espíritu francés nos interesa á todos, porque es la nota, si no más alta, más vibrante del espíritu moderno; y en este espíritu respiran nuestras almas, como en la atmósfera nuestros cuerpos. La lengua francesa, que es de suyo ligera, confunde la palabra espíritu con la palabra ingenio, y hasta con la palabra gracia. Pero yo entiendo por espíritu el carácter general, el alma colectiva de los pueblos. Y reconozco que el espíritu francés tiene luz, armonía, gracia, ligereza, y se volatiliza fácilmente, y se difunde por todas partes, y hay en él un gas sardónico capaz de pegar la risa de los vivos á los muertos; y siendo tan exclusivo de esta tierra, que se extiende

entre los Alpes y los Pirineos, entre el Océano y el Mediterráneo, toma en las crisis de la vida universal, un carácter humano; y siendo tan positivo y á veces tan egoísta, se sacrifica por las grandes causas; y aun se ofrece en holocausto por cosas y personas que no le interesan, por el Preste Juan de las Indias ó como si dijéramos, por el Emperador de Méjico.

Mas, reconocidas todas estas cualidades, ¿quién me llamará apasionado si tambien señalo sus defectos? No conozco ningun pueblo que entienda ménos la libertad ni que ame con más loco amor las organizaciones artificiales y ficticias propias sólo para encadenar la actividad humana. En Francia, el redoble del tambor es como el latido del corazón de todos los ciudadanos. Al fin de cada boulevard un cuartel; junto á Nuestra Señora, la casa de la Oracion, un cuartel; en el Louvre, la mansion del soberano y la mansion del arte, un cuartel; á la puerta del Instituto de Francia dos soldados, y dos soldados tambien á la puerta de cada teatro. El francés